

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

# LA ESPAÑA DRAMÁTICA

DE

D. JOSE GARCIA DE SOLIS.

EL PRIMER GIRON.

— S 15. 000 —

96.° 127.

MADRID:

Librería de la Viuda é hijos de

D. José Cuesta,

Carretas, número 9.

Librería de Moya y Plaza,

sucesores de Matute,

Carretas, n.° 8.

SALAMANCA: ESTAB. TIP. DEL HOSPICIO.

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

La Batalla de Lepanto.  
Frutos amargos.  
El Monarca cenobita.  
Miguel el esclavo.  
Soberbia y humildad.  
Cid Rodrigo de Vivar.  
La india.  
Vida por honra.  
Madrid por dentro.  
Entre el cielo y la tierra.  
Susana.  
La duda.  
Los hijos de la noche.  
El Capitan Pacheco.  
Hamlet.  
Don Alvaro de Luna.  
El triunfo del pueblo libre.  
Napoleon en España.  
Kuser ó Los bandos de Holland.  
La Torre del Duero.  
Magdalena.  
La pasion.  
El hijo del Ciego.  
El Castillo de Balsain.  
Los contrabandistas del Pirineo.  
El Puente de Luchana.  
¡Creo en Dios!  
¡Las jornadas de Julio!  
Pedro Navarro.  
Don Rafael del Riego.  
La niña del mostador.  
La mano de Dios.  
Remismunda.  
¡Redencion!  
Rioja.  
Mujer y madre.  
El curioso impertinente.  
La aventurera.  
La Pastora de los Alpes.

Felipe el prudente.  
Dios, mi brazo y mi derecho.  
El Fénix de los ingenios.  
Ricardo III.  
Caridad y recompensa.  
El donativo del diablo.  
La hija de las flores.  
El valor de la mujer.  
La fuerza de voluntad.  
La máscara del crimen.  
La estrella de las montañas.  
La ley de raza.  
Sancho Ortiz de las Roelas.  
Andrés Chenier.  
Adriana.  
La ley de represalias.  
El ramo de rosas.  
Caibar, *drama bardo*.  
El Trovador, *refundido*.  
Cristóbal Colon.  
Un hombre de Estado.  
El primer Giron.  
El tesorero del Rey.  
El lirio entre zarzas.  
Isabel la Católica.  
Antonio de Leiva.  
La Reina Sara.  
Ultimas horas de un Rey.  
Don Francisco de Quevedo.  
Juan Bravo el Comunero.  
Diego Corrientes.  
El bufon del Rey.  
Un voto y una venganza.  
Bernardo de Saldaña.  
El Cardenal y el Ministro.  
Nobleza republicana.  
Doña Juana la Loca.  
El hijo del diablo.  
Sara.  
García de Paredes.  
Boabdil el Chico.  
El fuego del cielo.  
Un juramento.  
El dos de Mayo.

Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.  
El hijo natural.  
El dinero y la opinion.  
Un hombre importante.  
Quien más mira ménos vé.  
La escala de la vida.  
Unos llevan la fama.  
Las indias en la Côte.  
¡Mejor es creer!  
Los órganos de Móstoles.  
La escuela de los Ministros.  
El fondo y la corteza.  
El tesoro del diablo.  
La flor de la maravilla.  
El agua mansa.  
Un infierno ó La casa de huéspedes.  
El duro y el millon.  
El oro y el oropel.  
El médico de cámara.  
Un loco hace ciento.  
La tierra de promision.  
La cabra tira al monte.  
Sullivan.  
El Peluquero de Su Alteza.  
La consola y el espejo.  
El rábano por las hojas.  
Tres al saco.  
Un inglés y un vizcaino.  
A Zaragoza por locos.  
Los presupuestos.  
La Condesa de Egmont.  
La escuela del matrimonio.  
Mercadet.  
Una aventura de Richelieu.  
Deudas de honor y amistad.  
Merecer para alcanzar.  
Para vencer, querer.  
Los millonarios.

# EL PRIMER GIRON,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN DE ARIZA.

Representado por primera vez con gran éxito en el Teatro Español, el 24 de Diciembre de 1850.



N.º 127.

SALAMANCA :  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL HOSPICIO.

1868.

EL PRIMER CIRÓN

DRAMAS EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

DON JUAN DE ARIZA.



1855

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL HOSPICIO  
SALAMANCA  
1855.

R.186300

EXCMO. SEÑOR

**D. MARIANO TELLEZ DE GIRON,**

DUQUE DE OSUNA Y DEL INFANTADO, CONDE DUQUE  
DE BENAVENTE, ETC., ETC., ETC.

*La dedicatoria de EL PRIMER GIRON corresponde de justicia á quien lleva tan ilustre apellido; y me es sumamente satisfactorio ofrecer á V. esta leve muestra de mi consideracion y aprecio.*

Juan de Arica.

EXCMO. SEÑOR

D. MARIANO TELLES DE GIRON.

DUQUE DE OSUNA Y DEL INFANTADO, CONDE DUCHE  
DE BAYONA, ETC., ETC.

La dedicatoria de EL PRIMER GIGOX corresponde de  
justicia á quien lleva tan ilustre apellido; y me es sumo  
placer autorizarlo á que se le presente á V. en el nombre de mi  
consideracion y aprecio.

Juan de Arca.



PERSONAJES.

ACTORES.

DOÑA SANCHÁ, *infanta de*  
*Castilla*. . . . . D.<sup>a</sup> TEODORA LAMADRID.  
EL CONDE DON RODRIGO TELLEZ DE GIRÓN. . . . . D. JOSÉ VALERO.  
EL REY DON ALONSO VI. . . . . D. JOSÉ CALVO.  
EL CONDE DON GUTIERRE HERNANDO. . . . . D. ANTONIO PIZARROSO.  
FORTUN. . . . . D. MANUEL OSORIO.  
D. LÁZARO PÉREZ.  
DAMAS, PRELADOS, RICOS-HOMBRES, CABALLEROS,  
PAJES Y GUARDIAS.

La escena en el Alcázar de Toledo. Epoca 1402.

# ACTO PRIMERO.

Salon régio con tres grandes puertas en el foro, dos colaterales, y una secreta á la derecha. En primer término, y á la izquierda, un trono; á la derecha un estrado de una sola grada y un sillón. Las puertas del foro aparecen cerradas.

## ESCENA PRIMERA.

HERNANDO.—FORTUN.

**FORTUN.** Gracias á Dios que tenemos la dicha de ver al paje del buen conde don Rodrigo, que, si murió, en paz descanse; y si vive no le den mal trato los musulmanes. Cómo por acá?

**HERNAN.** Viniendo.

A don Rodrigo, años hace, concedió el rey de Castilla don Alfonso para honrarle, que su primer escudero perpetuamente gozase los fueros y preeminencias del paje del rey. Tan grande honor recayó en Hernando; y ya que solo Dios sabe el paradero del conde: ya que todos mis afanes, para averiguarlo han sido estériles: ya que en valde

he preguntado por él  
á la tierra y á los árabes,  
vengo á servir á su alteza  
con mi espada y con mi sangre.  
Bien pensado.

FORTUN.  
HERNAN.

Mas Fortun,  
cómo en empolvado traje  
del alcázar de Toledo

FORTUN.

Aquí el conde don Gutierre,  
señor de ilustre linaje  
y privado del monarca,  
habita, dos años hace  
que vivo á su sombra, acabo  
de hacer un largo viaje  
en su servicio, y deseo  
hablar con él cuanto antes.

HERNAN.

Pues quitese todo el polvo  
el buen Fortun, si le place,  
y espere al conde...

FORTUN.

Prefiero  
por el alcázar buscarle.  
Limpiese el polvo...

HERNAN.

FORTUN.

Después.  
Tan urgente es el mensaje?

HERNAN.

No; pero soy eficaz.

FORTUN.

Honor á los eficaces.

HERNAN.

FORTUN.

A Hernando guarden los cielos.

HERNAN.

A Fortun los cielos guarden.

## ESCENA II.

HERNANDO.

Tal para cual, don Gutierre  
para Fortun: los dos traen  
seguramente entre manos  
algunos traidores planes.  
Pues como yo dé con ellos,  
puede ser que no se escapen  
sin su merecido. Gracias  
á Dios que pude librarme  
de su presencia. Temí  
que mi consejo tomase  
y esperara al conde; pero,  
aconsejando á truanes,

lo que debieran hacer  
es preciso aconsejarles;  
pues no toman el consejo  
temiendo que los engañen.  
Estoy inquieto. Las horas  
pasan, se va haciendo tarde,  
y temo que al fin le cierren  
el paso de esos umbrales.  
No me falta corazón;  
ánimo tengo bastante  
para lidiar y vencer  
ó morir; pero es tan grave  
la situación, que reclama  
poderosos auxiliares:  
y con su brazo, su acero  
y su corazón, á nadie  
mas necesito. A esa puerta  
llaman. El es. Señor?

RODRIG. (Desde dentro).

Abre.

### ESCENA III.

HERNANDO.—DON RODRIGO armado de todas armas y con la visera ca-  
lada.

RODRIG. Hernando.

HERNAN. Don...

RODRIG. Calla. Di

hablaste con ella?

No.

HERNAN. Cuánto hablarás?

RODRIG. Qué se yó!

HERNAN. Pero la habrás visto?

RODRIG. Sí.

HERNAN. Lloro en secreto?

RODRIG. Tal vez.

HERNAN. Mas la pone su quebranto,

en el corazón el llanto,

y en la frente la altivez.

RODRIG. Está muy hermosa?

HERNAN. Mucho.

RODRIG. Siempre hermosa!

HERNAN. Siempre amante.

RODRIG. Quisiera verla un instante.

HERNAN. Ahora es imposible.

RODRIG. Luchó  
por vencer el corazón,  
y el corazón se rebela  
poderoso.

HERNAN. Mas cautela  
aconseja la razón.

RODRIG. Lo sé y hallarás en mi  
ánimo firme y valiente...

HERNAN. Silencio, que llega gente.

RODRIG. En dónde me oculto?

HERNAN. Aquí  
(Ocultándolo tras las cortinas del trono).

### ESCENA IV.

HERNANDO.—FORTUN

FORTUN. No hallo á don Gutierre...

HERNAN. Mala  
suerte teneis. En rigor  
ya os dije que es lo mejor  
esperarlo en esta sala.

FORTUN. Preciso será.

HERNAN. Acertado  
debiérais decir. En dónde,  
mejor que aquí, ver al conde  
podreis? aunque anda ocupado.

FORTUN. Anda ocupado?

HERNAN. Y no mal;  
pues gozando los favores  
del rey, si gana en honores  
tampoco pierde en caudal.

FORTUN. Contadme.

HERNAN. Larga es la historia...  
y me sorprende infinito  
que del Conde el favorito...  
Tengo tan mala memoria!

FORTUN. Pues, Fortun, os aconsejo  
que al Conde le preguntéis.

FORTUN. Pero.

HERNAN. Fortuna teneis,  
Fortun. Don Gutierre: os dejo.

ESCENA V.

FORTUN.—DON GUTIERRE!

GUTIER. Gracias á Dios.

FORTUN. He tardado?

GUTIER. Mucho.

FORTUN. Tardé mucho?

GUTIER. Sí.

FORTUN. Mas fácil hablar aquí es que obrar en donde he estado.

GUTIER. Fortun así, vive Dios! á don Gutierre responde?

FORTUN. Ya no hay diferencia, Conde don Gutierre, entre los dos.

GUTIER. (Llevando la mano al puñal).

FORTUN. Eso mas!

GUTIER. Tenga la mano el Conde; porque si veré al audaz favorito

FORTUN. Silencio.

GUTIER. Bien está. Punto en boca.

FORTUN. Saber quiero como has cumplido.

GUTIER. Primeramente arreglemos otro asunto.

FORTUN. Cuál?

GUTIER. Cuál? Esa diferencia de condicion y fortuna entre vos y yo.

FORTUN. Ninguna.

GUTIER. quieres tú, Fortun!

FORTUN. Prudencia.

GUTIER. Una debe existir.

FORTUN. Respóndeme pronto.

GUTIER. En público vuestro esclavo seré á solas vuestro igual.

FORTUN. Jamás! Tu presuncion quiere levantar su vuelo. Conde, del poder al cielo, que está mirando y no toca.

- GUTIER. Quieres el poder?  
FORTUN. Hoy no.  
Soy ambicioso, no vano:  
conozco que aun es temprano.  
GUTIER. Y quién te elevará?  
FORTUN. Yo.  
Y vos... Porque ese poder  
que tanto orgullo os inspira,  
se apoya en una mentira  
que puedo desvanecer.  
GUTIER. No lo harás.  
FORTUN. No lo haré: cierto.  
Está contra mi interés.  
Pero á su tiempo, despues,  
quiero medrar, os lo advierto.  
Yo sé que no fuísteis vos  
el intrépido vasallo  
que al rey prestó su caballo...  
GUTIER. Fortun!  
FORTUN. Para entre los dos  
es esto. Mas tambien sé  
que huyendo del enemigo  
á todo escape... Esto digo  
aquí: al monarca diré  
que debe á vuestro ardimiento  
el trono, la vida, y mas,  
si es necesario.  
GUTIER. Tendrás  
poder, oro y valimiento.  
Seremos iguales...  
FORTUN. Nada  
mas pretendo ni ambiciono;  
y hasta mas cerca del trono  
estareis...  
GUTIER. Y tu embajada?  
FORTUN. Teneis razon. La cumplí.  
Don Rodrigo vive...  
GUTIER. Ah?..  
FORTUN. Pero  
del musulman prisionero  
quedó...  
GUTIER. Es indudable?  
FORTUN. Sí.  
GUTIER. Cautivo. Con cuanta pena  
renegará de su suerte  
y hasta llamará á la muerte,  
arrastrando su cadena,  
mientras yo, sin el rival

odiado cuanto temido,  
con don Alonso divido  
la pompa del poder real.  
Ya realizados mis votos  
deja tan egregia pompa.  
Que nunca sus hierros rompa  
don Rodrigo...

FORTUN. Ya están rotos.  
GUTIER. Qué dices?..  
FORTUN. Reconocido  
fué en el sangriento combate;  
le pidieron un rescate  
cuantioso...

GUTIER. Y ha conseguido  
entregarlo?  
FORTUN. Sin tardanza;  
y casi afirmaros puedo  
que hoy mismo entrará en Toledo.

GUTIER. Adios risueña esperanzal  
Fortun, á qué te envié?  
No te dije que mi oro  
dieras por su vida al moro?  
Responde.

FORTUN. Tarde llegué.  
GUTIER. Quien de arrogante ambicion  
hace poderoso alarde,  
me responde «llegué tarde...»  
Necio!

FORTUN. No teneis razon,  
Mas os perdono la ofensa  
sin pena ni sacrificio,  
porque un inmenso servicio  
pide grande recompensa:  
y yo os he servido...

GUTIER. Tú!  
FORTUN. Os he servido de un modo  
que me lo debereis todo,  
Todo, voto á Belcebú!

GUTIER. Habla, qué dudas?  
FORTUN. El moro,  
que riquezas ambiciona,  
don Gutierre, no perdona  
vuestro abundante tesoro.  
Libre deja á don Rodrigo;  
pues su rescate merece  
la libertad, y os ofrece  
medios de á vuestro enemigo  
perder, Conde.

GUTIER. Dónde están?  
Dámelos pronto.  
FORTUN. No puedo:  
pero los traerá á Toledo.  
GUTIER. Cuándo?  
FORTUN. Hoy mismo, un musulman.  
GUTIER. No faltará?  
FORTUN. En el camino  
queda con resolucio  
formal...  
GUTIER. Esos medios son?  
FORTUN. Don Gutierre, un pergamino.  
En él, el moro avariento  
prepara en pró de su ley  
y de su fortuna...

GUTIER. El rey!  
Déjame solo.  
FORTUN. Al momento.

### ESCENA VI.

DON GUTIERRE.—EL REY seguido de algunos pajes y caballeros, que se van retirando por la derecha.

REY. (Tendiéndole la mano).  
Don Gutierre.

GUTIER. (Queriendo doblar la rodilla).  
Señor.

REY. Alza:  
pues jamás postrarse debe  
quien la vida de este anciano  
supo dilatar valiente.

GUTIER. Señor...

REY. Sé que mis palabras  
mucho tu modestia ofenden;  
pero fuera ingratitud  
mi silencio, don Gutierre.

GUTIER. Premiais un corto servicio,  
señor, magníficamente.

REY. Corto servicio! triunfante  
el moro, rotas mis huestes,  
y sin vida mi caballo,  
me cercaban los infieles.  
Todos mis pajes vertieron  
á mis pies su sangre ardiente,  
y sus ojos, en los míos

clavados, cerró la muerte.

Mi sangre se heló; la espada  
que alcanzó tantos laureles,  
rota en pedazos, saltó  
de mi diestra armipotente...

Tuve miedo... De improviso  
descubro un audaz ginetete,  
que cerrados escuadrones,  
la espada en la mano, hiende.

Atropella, hiere, mata,  
los audaces retroceden.

Llega á mi: de su caballo,  
tan blanco como la nieve,  
salta, coje mi dalmática,  
la rasga, y no se detiene.

Un Giron quedó en sus manos,  
mas yo me hallé de repente  
sobre su corcel, que á escape  
me puso en salvo. Tú eres  
el indómito guerrero

de brazo y ánimo fuerte,  
que, despreciando la vida,  
honra no mas apetece.

Debo premiarte, y no encuentro  
justo galardón. Qué quieres?

GUTIER.

Debo decirte, señor,

aun á riesgo de ofenderte,  
que aminoran mi servicio  
tantas y tantas mercedes.

Pronto aquí tus ricos hombres  
presenciarán la solemne  
entrega de esta ciudad,  
cuyo gobierno me ofreces.

Y mañana, en la ancha plaza  
verá todo el pueblo alegre,  
cómo don Alonso sexto  
á su fiel vasallo cede  
lugares, que heredarán  
sus hijos perpétuamente.

REY.

GUTIER.

Nada deseas? Señor,

el hombre ambiciona siempre,  
cuando honrado, nuevas honras,  
y cuando rico mas bienes.

Yo...

REY.

GUTIER.

Prosigue.

Rey Alonso,

Deja que en mi pecho encierre

- este secreto.
- REY. Un amigo  
tan poco de tí merece,  
que no sabrá tu secreto  
por mas que á su amigo ruegue?
- GUTIER. Ya te obedezco, señor.  
Entre tus joyas posees  
una, mucho mas preciosa  
que cuantas guarda el oriente...  
Esa joya?..
- REY. Es doña Sancha.  
Bien sé que en valor escede  
á cuanto merecer pude...
- REY. No; de clara estirpe vienes,  
y, por rescatar mi deuda,  
aun mas quisiera ofrecerte.
- GUTIER. Gracias, gran señor: permíteme  
hoy que arrodillado bese  
tus plantas.
- REY. Conde, tan pronto  
al júbilo no te entregues.  
A don Rodrigo su mano  
dí ya han pasado seis meses,  
y aunque nos llevó al combate  
el moro, y aunque sus suertes  
no ligaron, es muy justo  
que mi palabra respete.
- GUTIER. El conde murió.
- REY. Es verdad.  
Pero no quiso la suerte  
que sus despojos mortales  
halláramos. Ni aun hacerle  
las exequias pude; ni  
estampar sobre su frente  
un ósculo de paz. Conde,  
me figuro algunas veces  
que ha de volver.
- GUTIER. Imposible,  
señor, y la infanta puede  
pensar...
- REY. Amaba á Rodrigo
- GUTIER. Pero.
- REY. La hablaré. Elocuente  
será mi voz: la instaré...  
Mandaré.
- GUTIER. Gracias.
- REY. Advierte  
que es mi joya.

- GUTIER. Tu palabra  
real me das, señor?
- REY. La tienes.
- GUTIER. Pero cuándo la hablarás,  
gran señor?
- REY. Antes que lleguen  
á presenciar tu homenaje  
cuantos presenciarlo deben.  
Marcha á su cámara; ruégala  
de mi parte que se acerque  
al rey su padre.
- GUTIER. Señor.
- REY. Aquí la espero: no emplees  
mucho tiempo.
- GUTIER. El cielo sabe  
que cumpliré diligente  
tus órdenes, pues en ellas  
cuanto anhelo me prometes.

## ESCENA VII.

EL REY.

No dirás, conde, que doy  
tus méritos al olvido;  
el servicio recibido,  
cual rey á pagarte voy.  
Las llaves de esta ciudad,  
centro de su monarquía,  
Alfonso sexto confía  
á tu valor y lealtad.  
Y no puede mas decoro,  
como á caballero, darte;  
pues te entrega un baluarte  
que tanto codicia el moro.  
Con ciudades pagaré,  
don Gutierre, tu caballo;  
y en sus reinos un vasallo  
tan rico no se verá.  
Tambien casi te levanta  
hasta el trono Castellano,  
pues vá á poner en tu mano  
la real mano de una infanta.  
A servicio de alta ley  
largamente corresponde:  
no dirás que tu rey, conde,  
no se porta como rey.

ESCENA VIII.

EL REY.—DOÑA SANCHA.—Una dama acompaña á la infanta, y retrocede  
después de dejarla con el rey.

SANCHA. Padre y señor.

REY. Hija mía.

Qué galana estás, qué bella!  
eres la radiante estrella  
que alumbrá mi vejez fría.

SANCHA. Tierno, incansable, señor,  
en su religioso celo,  
disminuirá vuestro duelo  
mi puro y filial amor.  
Mi cariño delicado  
calmará vuestros enojos,  
y siempre que abrais los ojos  
me hallareis á vuestro lado.  
Los afanes mas prolijos  
no me cansarán, lo juro,  
y hallareis en mi amor puro  
el de todos vuestros hijos.

Al noble hermano perdí,  
lidiando en edad florida;  
yo no os puedo dar su vida,  
pero su cariño sí.

Yo quiero dar á los dos  
mi corazón en tributo;  
para mi hermano mi luto,  
mis cuidados para vos.  
Tan avezada á llevar  
mi traje de luto estoy,  
que con estas galas hoy  
no me puedo acomodar.

REY. La brillante vestidura  
y el rico purpúreo manto  
hoy aumentan mi quebranto,  
exasperan mi amargura.  
El llanto en mis ojos brilla,  
y al dejar, triste me aflijo,  
el luto que por mi hijo  
arrastra toda Castilla.  
Pero aunque tan mal nos cuadre  
este fausto, al dolor junto,  
olviden al hijo un punto  
por el salvador del padre.

- Tal sacrificio en derecho  
á su valor corresponde:  
piensen todos en el conde:  
mucho en mi favor ha hecho.
- SANCHA. Premiadlo, si: que lo vea  
todo á su favor propicio,  
y si fué grande el servicio  
que mayor el premio sea:  
Que diez ciudades ufano  
en justo galardón lleve.  
Quién pagará como debe  
no haciéndolo el soberano?  
Que el mundo, admirado, note  
tu libertad: Dale  
la provincia que él señale,  
el real tesoro, mi dote.  
Dáselo, señor.
- REY. Qué alma!
- SANCHA. Y aun merece mayor muestra,  
quien conquistó con su diestra  
de defenderte la palma.  
Ni un momento dudarás  
en darle ciudades, oro,  
honoros... ese tesoro  
tan preciado.
- REY. Pide mas.
- SANCHA. Pues contenta su ambicion,  
señor, no estés indeciso:  
y cédele si es preciso,  
tu corona de Leon.
- REY. Pide mas.
- SANCHA. Señor, qué mas  
puede darle un soberano?
- REY. El conde pide tu mano  
de esposa.
- SANCHA. Padre, jamás!
- REY. Aquí solos, sin testigo  
alguno rogó, y negársela  
fuera...
- SANCHA. Yo no puedo dársela.  
Mi mano es de don Rodrigo.
- REY. El conde pereció.
- SANCHA. Es cierto.  
Pero, quién lo admiró amante  
vivo, por siempre constante  
lo honrará despues de muerto.
- REY. Y sola con tu dolor  
vivirás siempre?

- SANCHA. Sin duda  
Quien es de su amor viuda,  
no necesita otro amor.  
Lágrimas no derramé  
por él, pues murió con gloria;  
mas del héroe la memoria  
con mi constancia honraré.
- REY. Su fin ocultó la suerte  
con una cautela extraña!
- SANCHA. El conde murió en campaña...  
murió de gloriosa muerte.  
No sé donde el mahometano  
fiero abrió su sepultura:  
pero sí estoy muy segura  
de que murió espada en mano.  
Si de tan claro varón  
la sombra, para trofeo  
necesita un mausoleo,  
lo tiene en mi corazón.  
Mi altivez y mi arrogancia,  
padre y señor, no te asombre,  
yo diera mi llanto á un hombre,  
doy á un héroe mi constancia.
- REY. Un guerrero valeroso  
es don Gutierre. Responde;  
serás esposa del conde?
- SANCHA. No puedo tener esposo.
- REY. Y si te lo ruego yo,  
qué me responderás?.. Dí.
- SANCHA. A mi padre diré: sí.  
Diré al sacerdote: no.
- REY. Y si el monarca, por ley,  
te manda que unas tu suerte  
á la del conde?
- SANCHA. La muerte  
altiva pediré al rey.  
Y si, la crueldad por norte,  
olvida el paterno amor,  
me verá morir.

## ESCENA IX.

EL REY.—DOÑA SANGHA.—HERNANDO.

- HERNAN. Señor,  
ya espera toda la corte.

- REY. También el rey.  
(Se retira Hernando).  
Hija mía,  
hizo el padre su demanda;  
el rey ni ruega, ni manda,  
en su cariño confía.
- SANCHA. Este es mi padre: este es  
quien nunca rompió los lazos  
de su cariño.
- REY. A mis brazos  
ven.
- SANCHA. Debo estar á tus piés.
- REY. Sobre mi pecho. Levanta,  
flor nacarada y gentil.  
Vale mil veces y mil  
mas que mis reinos mi infanta.
- SANCHA. Os amaré, cada vez  
mas tierna y agradecida.
- REY. Cuánto te quiero, mi vida,  
consuelo de mi vejez!  
(La infanta se sienta en un estrado y el rey se dirige al trono).

## ESCENA X.

EL REY.—DOÑA SANCHA.—HERNANDO.—DAMAS, que se coloca n  
al lado de la INFANTA.—PAJES, que se colocan al lado del REY.—CA-  
BALLEROS, que van llenando el foro. Cerca del REY y de la INFANTA  
se verán algunos prelados.

- REY. Ricos-hombres, y prelados,  
y caballeros de fama,  
á todos su voz dirige  
el castellano monarca.  
No viene á pedirlos hoy  
hombres, caballos, ni armas,  
para resistir con ellos  
á las huestes musulmanas;  
pero sí ante todos juntos  
quiere premiar una hazaña  
que libertad le dió y vida  
en los campos de la Sagra.  
Don Gutierre, ese caudillo  
de antiguo solar, de clara  
ascendencia, tan probado  
en los campos de batalla,  
fué el salvador del rey. Pajes.

salid á su encuentro.  
(Los pajes del rey se dirigen al foro)

## ESCENA XI.

EL REY.—DOÑA SANCHA.—DAMAS.—PRELADOS.—CABALLEROS.—PAJES.—DON GUTIERRE.—FORTUN, que trae la lanza de DON GUTIERRE.—DOS PAJES, que traen en dos bandejas la armadura del mismo.—ÓTROS PAJES mas de su casa.

GUTIER. (Doblando una rodilla ante el rey).

Tantas

mercedes de noble orgullo  
á un fiel vasallo embriagan;  
mas postrado á vuestros pies  
su lealtad prueba.

REY.

Levanta,

y en uso de tu derecho;  
ocupa la última grada

(El Conde don Gutierre se coloca de pié sobre la última grada del estrado, á la izquierda del Rey).

del trono. En mejores dias  
este lugar ocupaba

el buen conde don Rodrigo,  
que Dios en su gloria haya.

Fué un valiente caballero,  
todos lo saben: su lanza  
á los árabes quitó

las joyas mas estimadas;  
y aunque muy niño, conmigo  
sitió y tomó estas murallas.

Conde lo nombré despues  
de esta ciudad y este alcázar,  
que defendió largo tiempo  
con prodigiosa constancia.

Las llaves que don Rodrigo  
guardó, merece guardarlas  
un guerrero que á su rey  
ha servido y á su patria.

Acércate, capitán:  
arrodíllate aquí, alza

(El capitán se acerca y se arrodilla, y levanta sobre su cabeza la bandeja).

basta tu frente las llaves  
que tan gran tesoro guardan.  
Conde don Gutierre, juras

tener fielmente esta plaza por el rey?

GUTIER.  
REV.

Si juro. Conde,

es preciso que hagas pleito homenaje.

GUTIER.  
REV.

Señor, pleito homenaje hago. Basta.

Gobernador de Toledo eres por el rey. La infanta, los prelados, ricos hombres, los caballeros y damas, mis pajes, mis escuderos, y las gentes de mi guardia atestigüen lo que doy y lo que ofreces. Alarga la mano, coge las llaves y gobierna esta comarca, partiendo el poder conmigo.

### ESCENA XII.

DICHOS.—DON RODRIGO, que se presenta con la visera calada, y pone su mano sobre las llaves al ir á tomarlas don Gutierre.

GUTIER. Quién temerario se atreve á poner mano?

RODRIG. Quien debe.

REV. Quién?

RODRIG. El conde don Rodrigo.

(Don Rodrigo se alza la visera, y ocupa á la derecha del rey el puesto que le corresponde).

(Larga pausa y asombro general)

Quizás, gran señor, no acierto á servirte. Mas debía permitir que en vida mía me despojen como á muerto? Vasallo sumiso y fiel soy ante mi soberano: recíbelas de mi mano, vayan de tu mano á él.

REV. (Coge la bandeja y la presenta al rey doblando la rodilla). No, don Rodrigo: con esto nunca ofenderte eres.

Lágrimas vertió por tí

el rey don Alfonso el Sexto.  
Y quien muerto te ha llorado,  
viéndote noble y altivo,  
prefiere tenerte vivo  
á conquistar un Estado.  
Don Gutierre, que aquí ves,  
me salvó: para premiarle  
provincias tengo que darle;  
mas lo tuyo tuyo es.

RODRIG. (Devolviendo la bandeja al capitán).  
Gracias, gran señor.

REY. Levantá, valeroso castellano.

RODRIG. Antes besaré tu mano.

REY. Y despues la de la infanta.

(Don Rodrigo besa la mano del rey y despues la de Doña Sancha).  
Don Gutierre, mi constante  
y poderosa amistad  
sabrà honrarte.  
(Levantándose).

Despejad.

RODRIG. Gran señor, un solo instante.

REY. Habla.

RODRIG. Poderoso rey,  
ricos-hombres y prelados,  
capitanes esforzados,  
hidalgos de buena ley:  
yo! conde gobernador  
de esta ciudad, prisionero  
fuí del árabe, y espero  
de todos un alto honor.  
Para el rescate pagar  
mis castillos empenados  
están, y nuevos estados  
necesito conquistar.  
Tiénelos bajo su yugo,  
en la mas fértil comarca,  
ese agareno monarca  
que ha sido nuestro verdugo.  
De ganarlos hay mil modos  
gloriosos: resuelto estoy,  
y por sus estados voy.  
Quién vendrá conmigo?..

Todos:

Todos.  
RODRIG.

Está mi plata agotada,  
y con ella mis vasallos:  
me faltan armas, caballos,  
pero conservo mi espada.

Teneis caballos, arneses  
y espadas; no necesito  
mas. Para mañana os cito  
castellanos y leoneses.  
Murió el infante; la lanza  
rinda á sus manos tributo:  
hoy acaba vuestro luto,  
y empieza nuestra venganza.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Cámara del Rey con una gran puerta en el foro y dos colaterales. La puerta del foro aparece cerrada.—Una mesa con tapete y una silla.

### ESCENA PRIMERA.

EL REY.—DOÑA SANCHA.

**SANCHA.** Te miro alegre, señor,  
y al disiparse la sombra  
de tu tristeza, mi alma  
todo su aliento recobra.  
Ya no se abate tu frente  
bajo lúgubres memorias;  
y de tus ojos miradas  
llenas de entusiasmo brotan.  
Tu firme paso revela  
el vigor de tu persona,  
y clarín guerrero vibra  
tu voz entera y sonora.  
Oh! lo repito; al mirarte  
soy sumamente dichosa,  
y bendigo á quien en ti  
un cambio tan feliz obra.

**REY.** Bendice á quien á sus labios  
llevó la bélica trompa,  
arrancándola sonidos  
augurio de la victoria.  
Bendice á quien el acero

hizo crugir so las bóvedas  
de mi alcázar, poco antes  
lúgubres y silenciosas.  
Bendice á quien avivando  
los impulsos de la honra,  
el ropon de luto arranca  
y da la guerrera cota.  
Yo le bendigo.

SANCHA.  
REY.

Merece  
bien tus bendiciones todas,  
y tu amor heroico que  
vale mas que cien coronas.  
Hija, quien ama á Rodrigo,  
tienes razon y no poca,  
de él debe ser la viuda,  
si no puede ser la esposa.

SANCHA.

Si, porque no hay caballero  
de condicion tan heroica,  
ni que tanto comunique  
su insaciable sed de gloria.  
Todos pensaban ayer  
en llorar nuestras derrotas,  
ninguno en tomar venganza  
terrible, sangrienta y pronta.  
Pero llegó el conde: al punto  
sus palabras animosas  
encendieron los semblantes  
ó de vergüenza ó de cólera:  
y cuando les pidió hierro,  
hierro le dieron mil bocas.  
Es verdad.

REY.

SANCHA.

Ya por las calles  
discurren armadas tropas,  
y en las moriscas almenas  
tus estandartes tremolan.  
Ya en las cimaras brillantes  
los gallos plumeros tornan  
á lucir, y los guerreros  
blanden sus viejas tizonas.  
Ya los caballos guerreros  
sacuden crines y colas,  
y con el herrado pié  
sacan fuego de las rocas.  
Ya, guerra! gritan del Tajo  
las enrojecidas ondas,  
y tu trono se levanta  
otra vez con marcial pompa.  
Tú no sabes, padre mio,

cuanto don Rodrigo acosa  
á los perezosos, cuánto  
á los débiles conforta.  
Qué botín al codicioso  
promete; cómo amontona  
ante sus ojos ciudades,  
esclavos, armas y joyas.  
Yo su bélico fervor  
parto, en mi pecho rebosa  
el entusiasmo y quisiera  
hacer algo.

REY.                   Cuán hermosa  
estás con ese ardimiento,  
enamorada amazona.  
Qué quieres hacer? Tu mano  
pequeña, blanca sedosa,  
quiere teñir una lanza  
en la alevé sangre mora?  
Capaz eres de pensarlo,  
paladin, tanto te enoja  
ver sobre nuestras banderas  
los estandartes de Córdoba.

SANCHA.           No quiero blandir la lanza;  
pero en una yegua torda  
cabalgando, y en mi diestra  
una blanca banderola,  
pudiera llevar tus huestes  
al combate. De remotas  
regiones los paladines  
vendrían á darme escolta:  
y qué guerrero cristiano  
viéndome indefensa, sola,  
marchar á los escuadrones  
de los hijos de Mahoma  
no derramára á mi lado  
con gusto su sangre toda?  
Quiéres que vaya?

REY.                   Hija mía,  
te admiro; pero estás loca.  
SANCHA.           No, padre: marchó tu hijo  
á defender tu corona  
á los diez años.

REY.                   Y muerto  
quedó en el campo. Destrozas  
mi corazon recordándome  
su martirio.

SANCHA.           Por qué lloras?  
No quiero partir: contigo

me quedará muy gustosa,  
y juntos aquí sabremos  
las mas cumplidas victorias.  
Tienes razon, con el conde  
don Rodrigo basta y sobra.  
Sediento está de venganza  
y sabrá tomarla. Ahora  
ven conmigo. Recorramos  
los patios, y tu voz oigan  
esos soldados que esperan  
volver cubiertos de gloria.

## ESCENA II.

EL REY.—DOÑA SANCHÁ.—HERNANDO.

HERNAN. Señor, pide don Gutierre,  
con diligencia no poca,  
vénia para tu real cámara  
llegar.

REY. Que pase.

(Se vá Hernando).

SANCHÁ. De cosas  
tendrá que hablarte, señor,  
graves...

REY. Te comprendo: ahorra  
el trabajo de decirme  
que su presencia te enoja.

SANCHÁ. A quien la vida mi padre  
debe, respeto.

REY. Mas odias  
á quien tuvo la osadia  
de pedirte por esposa.

SANCHÁ. Señor...

REY. Adios, hija amada.

Siempre de mi afecto logra  
tu cariño todo cuanto  
tu corazon ambiciona.

ESCENA III.

EL REY.—DON GUTIERRE.

- GUTIER. Guárdete el cielo, señor.  
REY. Don Gutierre, solo anhele  
que siempre te guarde el cielo,  
dándote ayuda y favor.  
Ocupado te creí.  
Qué el buen conde solicita?  
GUTIER. Cuando el rey me necesita  
nunca me ocupo de mí.  
REY. Sé los quilates que alcanza  
la lealtad que en tí destella,  
y has merecido por ella  
toda mi real confianza.  
GUTIER. A no tenerla, mi labio  
quedará cerrado, mudo.  
Y, aun poseyéndola, dudo  
si con mi lealtad te agravio.  
REY. Para el silencio romper  
á tu corazon altivo  
falta valor?  
GUTIER. Hay motivo  
para dudar y temer.  
Cosas suceden, por Dios,  
de tan negra villanía  
que yo nunca las creeria,  
que quizás no creereis vos.  
Acciones de tal maldad,  
desafueros de tal mengua,  
que se resiste mi lengua  
á referirlos.  
REY. Hablad.  
GUTIER. Temo causaros enojos.  
Y, aun con mi lealtad por ley,  
temo que no dará el rey  
crédito á sus mismos ojos.  
Crimen tan negro é infando  
no sabrá comprender.  
REY. Conde,  
qué ha sucedido? Responde.  
GUTIER. Gran señor...  
REY. Yo te lo mando.  
Pienso... pero no adivino...

- GUTIER. Ya que obedecer me toca,  
mucho mejor que mi boca  
hablará este pergamino.  
(Dádoselo al rey).
- REY. (Después de haberlo leído).  
Imposible.
- GUTIER. Tal pensé.  
Y por lo mismo discreto  
quise guardar mi secreto.  
Señor, no me equivoqué.
- REY. Don Rodrigo, el paladín  
mas noble, mas esforzado:  
quien tan lejos ha llevado  
el castellano confin:  
tratar con el moro? No,  
no es tan vil, tan insensato.  
Conde, es mentira ese trato.
- GUTIER. Lo mismo pensaba yo.
- REY. Hiciste bien en temer  
presentármelo, sí. Mira,  
don Gutierre, esto es mentira,  
mentira; no puede ser.  
Y con todo firma aquí  
el rey moro. Mas no puedo  
convencerme. A mí Toledo  
entregar el conde, á mí!  
Fantasmas forjados son  
por el rey moro, enemigo  
nuestro. Tiene don Rodrigo  
muy cristiano corazón.  
No lo ves, con noble saña,  
raya iracundo de Marte,  
levantar nuestro estandarte  
para salir á campaña?  
Esto prueba su lealtad.
- GUTIER. Mas, si abandona los muros,  
podrán los moros seguros  
acometer la ciudad.
- REY. Es cierto.
- GUTIER. Y si su caudillo  
los entrega maniatados,  
bien podrán nuestros soldados  
ser pasados á cuchillo.  
Y en premio de una traición,  
tan fácil y tan sencilla,  
el moro tendrá á Castilla  
y don Rodrigo á Leon.
- REY. Eso dice el pliego. Quién

se lo trajo?  
GUTIER. Un mahometano,  
que, con la carta, en mi mano  
á un tiempo cayó tambien.  
REY. Quiero hablarle.  
GUTIER. Le hablarás, señor.  
REY. Cuándo?  
GUTIER. Muy en breve.  
Mas, por prudencia, no debe  
presentarse aqui jamás.  
REY. Tienes razon. Es preciso  
obrar con mucha cautela.  
GUTIER. Es cierto; y el tiempo vuela,  
y estás, señor, indeciso.  
REY. Podré hablarle en tu aposento?  
GUTIER. Si.  
REY. Pues vamos sin demora.  
GUTIER. Pasado un cuarto de hora,  
verás al moro.  
REY. Consiento.  
GUTIER. Voy á trasladarlo.  
REY. No  
tardes.  
GUTIER. Oh! No tardaré.  
REY. Solo á tu cámara iré...  
Y callarás como yo.

#### ESCENA IV.

EL REY.

Darme tan crudos enojos  
quien tanto premié? Imagino  
que... Pero este pergamino...  
No doy crédito á mis ojos.  
Y, sin embargo, es verdad  
que vá á infamar su memoria;  
que vende al moro su gloria,  
que le entrega esta ciudad.  
Que, para eterno baldon,  
quiere poner imprudente  
sobre su traidora frente  
mi corona de Leon.  
Quiero hablar á don Rodrigo:  
quiere en sus ojos leer  
la traicion, y quiero ser

de su vergüenza testigo.  
Quiero, en sus ojos clavando  
mi escrutadora mirada,  
turbarlo, y sin desir nada  
comprenderlo todo. Hernando.  
(Guardándose el pergamino.)

## ESCENA V.

EL REY.—HERNANDO.

HERNAN. Señor.

REY. Paje, en dónde está  
don Rodrigo?

HERNAN. Repartiendo  
armas, que el marcial estruendo  
mucho animándose va.  
Y es de ver con cuanto ardor  
vuestra nobleza responde  
al llamamiento.

REY. Di al conde  
que quiero hablarle.

HERNAN. Señor,  
cumpliré de vuestra Alteza  
las órdenes.

REY. Que no tarde  
advértele; y que ese alarde  
marcial deje con presteza.

## ESCENA VI.

EL REY.

Don Rodrigo arma su gente...

Pero ese moro... esta carta?..

Ni un solo instante se aparta  
la confusion de mi mente.

Reconocer su inocencia

quiero; y una voz escucho

que me dice «duda» y lucho...

Pero ya viene... Prudencia.

## ESCENA VII.

EL REY.—DON RODRIGO.

RODRIG. Presuroso, gran señor,  
acudo á cumplir tus órdenes;  
pues siempre en ellas descubro  
tus señalados favores.

REY. Desde que, rotas del mero  
las durisimas prisiones,  
llegaste á Toledo, apenas  
he podido hablarte, conde.

RODRIG. Los militares aprestos  
toda mi atencion absorben,  
y no permiten, señor,  
que un solo instante repose.

Llegó mi grito de guerra  
á todos los corazones,  
y del temor, á la vez,  
los pesados gritos rompen.

Acuden á tus banderas  
poderosos ricos-hombres,  
seguidos de sus vasallos,  
y escoltados por sus nobles.

Mis deudos gallardamente  
al llamamiento responden,  
quiere probar que son  
tus mas fieles servidores;  
y acampan todos al pié  
de las toledanas torres,  
con cuatrocientos ginetes  
y mil seiscientos peones.

Si hueste mas numerosa  
se agrupó en tiempos mejores  
bajo la potente egida

de tus gloriosos pendones;  
mas decidida y valiente,  
mas en perecer conforme,  
ó en tomar venganza, nunca  
la vieron estas regiones.

La saña que arde en sus pechos  
á mi enojo corresponde,  
y alumbrarán nuestras glorias  
algunos sangrientos soles.

REY. Don Rodrigo, su ardimiento

no me admira; siempre corren  
con entusiasta bravura  
á la muerte mis leones.  
Pero si son de su sangre  
pródigos, si solo oyen  
la voz del honor, yo debo  
escuchar otros clamores.  
No entiendo, señor.

RODRIG.

REY.

Resuenan

en mis oídos las voces  
que en los campos de La Sagra,  
entre rudas convulsiones,  
lanzaban los moribundos.  
Y qué mejor hecatombe  
podemos daries, que hundir  
en infieles corazones  
nuestras espadas? Yo estuve  
en La Sagra; sus horrores  
presenció.

RODRIG.

REY.

Pero tú vives.

RODRIG.

No sufrió martirio doble  
quien arrastró del esclavo  
los pesados eslabones?

REY.

Sí; mas volviendo á La Sagra...

RODRIG.

Día bien funesto. No tornes  
á él la vista.

REY.

Yo recuerdo

que en cien campañas acciones  
te he visto á mi lado siempre;  
y en La Sagra anduve torpe  
en no verte, ó te ocuparon  
mas sagradas atenciones.

RODRIG.

En lo recio del combate  
es fácil perderse.

REY.

Pobre

rey! su antiguo, su fiel paje  
de lanza lo dejó. Entonces  
estuvo en peligro; pero  
Dios á los reyes socorre;  
y ánimo puso bastante  
en el corazón del hombre  
que lo libertó, arrancando  
de su vestido girones.  
(Con embarazo.)

RODRIG.

REY.

Me has llamado, señor?..

Para

hablarte (Se turba.) Ponte  
en mi lugar, don Rodrigo,

y tendrás penas y goces  
al recordar ese día  
de contrarias emociones.

RODRIG.

Así es, señor.

REY.

(Mas se turba.)

Tú, buen hidalgo, conoces  
cuanto sobre un alma hidalga  
pesan las obligaciones,  
y yo estoy muy obligado  
á quien me salvó. Mayores  
méritos ningún guerrero  
contrajo conmigo. El bote  
de su lanza ningún moro  
resistió.

RODRIG.

Señor, mandobles  
formidables debe dar  
quien á su príncipe acorre:  
y no hay gran mérito en ello;  
pues, con la lealtad por norte,  
debe anhelar que la muerte  
su sacrificio corone.

REY.

(Quiere menguar el servicio  
de don Gutierre). Traidores  
hubo en La Sagra mezclados  
á tan inclitos varones.

RODRIG.

Imposible.

REY.

Dios lo sabe  
y el rey también los conoce.

RODRIG.

Castigue al traidor el rey.

REY.

Lo hará: y colmará de honores  
á quien valiente y leal  
conquistó nuevos blasones.

## ESCENA VIII.

### DON RODRIGO.

Premiarme con franca mano  
quiere. Penetró discreto  
mi mas recóndito arcano?...  
Imposible. El soberano  
no conoce mi secreto.  
A nadie lo revelé.  
Nadie ha podido en mi ausencia  
decirle que lo salvé.  
Yo solamente lo sé...

Mi premio está en mi conciencia.  
Hazañas cuenta el cobarde;  
pero quien valor de sobra  
tiene, no hace de él alarde:  
calla siempre ó cuenta tarde,  
y nunca el último obra.  
Si en La Sagra brilló en mí  
algun rasgo de heroísmo,  
premio he de buscar aquí?  
El premio mas grande, sí,  
me lo daré yo á mi mismo.  
Pero deliro. No es ya  
don Gutierre único dueño  
de mi servicio? No está  
premiado por él? No va  
á engrandecerse mas? Sueño.  
El valiente campeador  
es don Gutierre... Lidiando  
mostró su heroico valor...  
Y yo quién soy? El traidor...  
Imposible!... Estoy soñando.  
Y tuve el atrevimiento  
de creer que el Rey pensara  
tan mal? Por Dios, que lo siento.  
Tan bastardo pensamiento  
ni al mismo Rey perdonará!  
No me lo perdono á mí  
mismo. Mas otros cuidados  
deben ocuparme, sí:  
y voy á salir de aquí  
para hablar á los soldados.  
Ya bajo lucientes mallas  
están sedientos de gloria  
los héroes de cien batallas.  
Dejemos estas murallas,  
mas allá está la victoria.

### ESCENA IX.

DON RODRIGO.—HERNANDO.

HERNAN. De prisa sales señor,  
y está mal tanta presteza.  
RODRIG. Fuera me llama el honor.  
HERNAN. Tiempo tendrás. El amor  
te llama aquí de su Alteza.

- RODRIG. Al fin hablarla podré!
- HERNAN. Te asombra ventura tanta?  
Al punto que el Rey se fué,  
á doña Sancha avisé,  
y viene á verte la infanta.
- RODRIG. Bien, Hernando.
- HERNAN. Tu escudero  
soy, señor, y quiero darte  
señales de que te quiero.
- RODRIG. Háblame de ella.
- HERNAN. Primero  
quiero de otra cosa hablarte.  
No faltan aquí traiciones  
que tu ánimo heroico olvida.  
Has tomado precauciones?  
Mira que mucho te espones  
á perder la honra ó la vida.
- RODRIG. No abrigo ningun temor  
de muerte ni de deshonra.
- HERNAN. Mucho te engañas, señor.
- RODRIG. A mi vida mi valor  
guarda, y mi vida á mi honra.
- HERNAN. Has olvidado, pardiez  
al moro y al pergamino?
- RODRIG. Los desprecio en mi altivez.  
Salga yo al campo, y tal vez  
en cerrarles logre el camino.
- HERNAN. No dejes de la memoria  
que á una traicion bien forjada...  
Responderá una victoria.
- HERNAN. Cuenta con que alguna historia...  
RODRIG. Mi mejor razon, la espada.  
HERNAN. Está cobrando á buen precio  
el conde su hazaña...  
Di.
- RODRIG. Es tu enemigo y no es necio.  
HERNAN. Su vil astucia desprecio.  
HERNAN. La infanta. Velaré allí.  
(Sale por la derecha).

ESCENA X.

DON RODRIGO.—DOÑA SANCHA.—Una dama que la acompaña retrocede á una señal de aquella.

SANCHA. Don Rodrigo!

RODRIG.

Hermosa mia,

después de tan largo duelo  
destella un hermoso día;  
y me vuelve la alegría  
la clara luz de tu cielo.

SANCHA.

Y tú, con divino encanto  
llenas de vida mi alma,  
que han atormentado tanto,  
ya el torcedor del quebranto  
y ya el hielo de la calma.  
Rodrigo, con tu venida  
cruje el damasquino acero,  
que á este palacio dá vida:  
y la bravura perdida  
y cobra á tu voz el guerrero.

RODRIG.

Y no ves, prenda adorada,  
que de Rodrigo el valor  
crece, y destella su espada,  
al fuego de una mirada?...  
De qué, Rodrigo?

SANCHA.

RODRIG.

De amor.  
Valor pedí á la amargura  
de mi cautiverio en vano;  
y gemí en mazmorra oscura:  
mas renació mi bravura...  
Cuándo?

SANCHA.

RODRIG.

SANCHA.

Al besarte la mano.  
Mi mano á tu corazón  
llevó ese aliento, ese brío,  
esa gloriosa ambición?  
Conde, no tienes razón:  
te burlas del amor mio.  
Prestarte aliento? y temblaba  
mi mano, y se estremecía  
cuando la tuya tocaba;  
cuando á tus labios llegaba,  
cuando tu aliento sentía!  
Cuando al hallarte, porque  
yo te juzgaba perdido,  
como una caña temblé;  
y entre mis labios ahogué  
yo no sé cómo un gemido!  
Y mis lágrimas con arte  
tuve que ocultar, por cierto,  
don Rodrigo, al contemplarte;  
porque iba vivo á llorarle  
la que no te lloró muerto!  
Ya ves cuán mal mi ternura  
del héroe que en cien campañas

RODRIG.

vistió la fuerte armadura,  
pudo aumentar la bravura...  
Me engañas, conde, me engañas.  
No. Tú prestas ardimiento  
al soldado que te adora.  
Por tí en mi corazón siento  
un desconocido aliento,  
una llama abrasadora.  
Para un laurel ofrecerte,  
para ser digno de tí,  
y merecer poseerte,  
voy sin temor á la muerte  
y la muerte huye de mí.  
Por tí en el combate alcanza  
mi bravura mas trofeos  
que me ofrece la esperanza.  
Por tí derriba mi lanza  
en los bizarros torneos.  
Pensando en los galardones  
que me destinas, batalló;  
y arrolla los escuadrones  
de ginetes y peones  
con su pecho mi caballo.  
Brotando los ojos llama,  
corro á la enemiga gente  
porque allí tu voz me llama;  
y con asombro, me aclama  
la hueste toda «El valiente.»  
Tú me dices, «en la tierra  
no hay mas blason que la gloria,  
que todo lo grande encierra,»  
y eres mi grito de guerra,  
y mi grito de victoria.  
A mi marcial ardimiento  
nunca tu nombre es extraño.  
Aliento me da tu aliento...  
Te repito lo que siento;  
ya ves cómo no te engañas.  
Harás al fin que te crea.  
Pues mira, tienes razon.  
Aunque en peligro te vea,  
te digo siempre, pelea  
por Castilla y por Leon.  
Y aunque, cual nadie, te adoro  
con un amor sobrehumano,  
en tus ausencias no lloro...  
quiero que te tema el moro  
y que te admire el cristiano.

SANCHA.

- RODRIG. Encantadora mujer  
de belleza peregrina,  
oh! tú sabes comprender  
que el hombre debe vencer,  
porque eres una heroína.  
Ya relinchan los corceles,  
y con el herrado callo  
hieren la tierra: laureles  
me preparan los infieles.
- SANCHA. Monta, Rodrigo, á caballo.  
Ni un momento la partida  
retardes. Al campo vuela  
con tu falanje aguerrida.  
Suelta al caballo la brida,  
y no perdones la espuela.  
De bélico ardor henchido,  
vas de la victoria cierto,  
y un solo favor te pido.  
No vuelvas conde vencido:  
ven ó vencedor ó muerto.
- RODRIG. Adios. Nada temas, nada.  
Voy á lidiar por mi ley!  
Voy á vencer por mi amada!

### ESCENA XI.

DON RODRIGO.—DOÑA SANCHA.—DON GUTIERRE.—Algunos guardias por la derecha.—HERNANDO.—La dama de la infanta.—Un momento despues el REY por el foro.

- SANCHA. Ah!  
GUTIER. Don Rodrigo, la espada.  
RODRIG. (Desnudando la espada con enojo).  
A vos, don Gutierre?
- GUTIER. Al Rey.  
(Don Rodrigo entrega la espada al Rey).
- SANCHA. Padre!  
RODRIG. Señora, firmeza:  
(Queriendo separar la infanta del Rey).
- REY. Te muestras altivo? Yo  
domaré tanta fiera.
- RODRIG. Abatireis mi cabeza,  
pero mi constancia no.
- REY. Es de un noble castellano  
ese insolente heroismo?

- RODRIG.** Mi acero está en vuestra mano.  
Respeto á mi soberano,  
y me respeto á mi mismo.
- REY.** Quede en prisiones seguro.  
(Don Rodrigo se coloea con altivez entre los guardias).

## ESCENA XII.

**DON RODRIGO.—DOÑA SANCHÁ.—DON GUTIERRE.—EL REY.  
HERNANDO.—Una dama.—Guardias.—FORTUN por el foro.**

- FORTUN.** En numeroso escuadron,  
señor, el moro perjuro  
está á la vista del muro.
- RODRIG.** Mi espada, rey de Leon!
- REY.** Qué pides?  
El rey Alfonso aun no ha muerto  
y guardará la muralla.
- RODRIG.** Yo les daré la batalla  
y venceré en campo abierto.  
Dadme una espada, señor.  
Saca lágrimas ardientes  
de mis ojos el furor.
- REY.** Fortun, cuida del traidor.  
Venid al muro, valientes.

## ESCENA XIII.

**DON RODRIGO, abismado.—DOÑA SANCHÁ.—Una dama.—FORTUN  
y Guardias!**

- RODRIG.** Cobardes! cobardes! Tratan  
de humillarme. La victoria  
de las manos me arrebatan,  
y de un solo golpe matan  
mi honor, mi vida y mi gloria.  
Quiero lidiar, y no hallo  
ni una espada ni un overo:  
y aquí á mis solas batallo.  
Mi vida por un caballo!  
Mi gloria por un acero!

SANCHA.  
RODRIG.  
SANCHA.

Conde.

Señora.

Firmeza.

RODRIG.

Adios. A probarles vas  
tu incontrastable grandeza.  
Abatirán mi cabeza,  
pero mi valor jamás!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

Salon con una gran puerta en el fondo y dos laterales. Mesá con tapete y escribanía  
Por la puerta del foro se ven otros salones.

### ESCENA PRIMERA.

DON GUTIERRE.—FORTUN.

GUTIER.      Cómo está el preso?  
FORTUN.      Lo mismo  
                  que ayer: enérgico, adusto:  
                  impasible, cómo un mármol,  
                  callado, como un difunto.

GUTIER.      Has hablado con él?  
FORTUN.      Quise,  
                  pero fué en valde, y presumo  
                  que no se encuentra dispuesto  
                  á escuchar largos discursos.

GUTIER.      Te recibió con enojo?  
FORTUN.      Me despidió con orgullo.  
                  Pero, hablando francamente,  
                  aunque lo medito mucho,  
                  el fin de nuestra tramoya,  
                  don Gutierre, no descubro.  
                  El rey leyó el pergamino  
                  y escuchó al moro, que astuto,  
                  con fingida turbacion,  
                  mostrar sus terrores supo.  
                  Pero tambien el monarca

- quiere á don Rodrigo, y dudo que ponga al valiente conde en las manos del verdugo.
- GUTIER.** Dudas con razon, Fortun. El rey recuerda los triunfos del conde; cuenta las plazas que con su brazo robusto arrancó al moro; y tendria un extraordinario júbilo en verlo inocente.
- FORTUN.** El diablo en vuestra cobeza puso este proyecto. Mejor hubiera sido que juntos, el conde y vos, en la corte trabajarais de consuno en labrar vuestras fortunas, sin ódios y sin disturbios; él gobernando en Toledo y vos gobernando en Búrgos. De quién salvo al rey la vida estais recogiendo el fruto: pues, por gracia del demonio debió encontrar su sepulcro el héroe de la fazaña donde la acabó. Ninguno os pedirá cuenta de ella, á no ser yo; y si me encumbro con vuestra ayuda, jamás os delataré, lo juro.
- GUTIER.** Fortun, don Rodrigo sabe, como tú, que no me cupo la gloria de libertar al rey.
- FORTUN.** Demonio!
- GUTIER.** Que usurpo este honor. Y tambien sabe quién al rey sirvió de escudo. Y qué pretendéis?
- FORTUN.** Pretendo,
- GUTIER.** en primer lugar, que luto vistan los deudos del conde por él: con afan me ocupo en vencer la resistencia de doña Sancha; y si uno mi suerte á la suya, puedo vivir contento y seguro. Y quiero por si no logro

intentos tan oportunos,  
probar á todos que existe  
ódio violento y profundo  
entre el conde y yo; que si  
me acusa es porque le acuso.  
Ademas tengo un proyecto  
muy equitativo y justo,  
que prometo confiarte  
á su tiempo, si á él acudo.

FORTUN. Olvidas, señor, que el rey  
quiere interrogar al punto  
á don Rodrigo; y que puede  
pronunciar en daño tuyo  
algún nombre?

GUTIER. No, Fortun.  
Lo sé, y no me disimulo  
el peligro; pero intento  
conocerlo bien. Discurro  
que el conde estará conmigo  
muy enojado; y lo fundo  
en que al pedirle la espada  
cediendo á un violento impulso  
de cólera, quiso herirme.  
Pues bien, le hablaré.

FORTUN. Un insulto  
juzgará vuestra visita.

GUTIER. Le evitaré ese disgusto.  
El mismo conde vendrá  
á verme.

FORTUN. Cómo?

GUTIER. Condúcelo  
á esta cámara. No tardes,  
pues no sobra tiempo.

FORTUN. Juzgo  
que se negará.

GUTIER. Lo espera  
el Rey. Por nada del mundo  
digas que soy yo.

FORTUN. Comprendo.  
Por órden del Rey lo subo  
á esta cámara; y en ella  
se encontrará...

GUTIER. Con el único  
hombre que debe escucharlo.

FORTUN. Bien.

GUTIER. Tarda pocos minutos.

## ESCENA II.

DON GUTIERRE.

Rojas plumas, un corcel  
blanco, tonelada espada  
y armadura cincelada...  
No cabe duda, era él.  
Únicamente los Jos  
confundirnos de tal suerte  
pudimos: pero la muerte  
dónde estaba? Ira de Dios!  
Mas yo, sin embargo, dudo  
que sea. A Toledo ha llegado.  
Ha sido preso, infamado,  
y ha permanecido mudo.  
Mudo... A espícame no acierto  
su conducta. Si no fuera?  
Si el otro en el campo hubiera  
quedado mil veces muerto?  
Entonces nadie de mí  
dudára, nadie; y entonces,  
escrita mi hazaña en bronce,  
yo fuera el monarca aquí.  
Mas si no es, por qué con tanta  
obstinacion lo persigo?  
Por qué? Porque don Rodrigo  
será esposo de la infanta.  
No puede ser, es forzoso  
que llegue á ser algun día  
doña Sancha esposa mía.  
Si, yo quiero ser su esposo.  
Me lo dicta mi ambicion;  
pues poseyendo su mano,  
llegaré á ser soberano  
de Castilla y de Leon.  
El rey no tiene heredero  
varon; y aunque á Urraca elija,  
nada importa: hija por hija  
lidiaré, y triunfar espero.  
Mucho peso á la balanza  
llevará mi poder, mucho.  
Lidiaré, como ahora lucho.  
No es un sueño mi esperanza.

### ESCENA III.

DON GUTIERRE.--DON RODRIGO.--FORTUN.--ALGUNOS GUARDIAS.—Fortun y los guardias se retiran al mandárselo don Gutierre.

GUTIER. Dejadnos. Deteneos vos.  
(El conde hace ademán de seguir á los guardias).

RODRIG. Vine á ver al rey.

GUTIER. Conmigo

estais sin ningun testigo.

Tenemos que hablar los dos.

RODRIG. Empezad... Si es que á su Alteza

conviene que en su real nombre

hable al prisionero un hombre...

de tan probada nobleza.

GUTIER. Alguna tacha quizás

pondreis á mis ascendientes?

RODRIG. Dejad á vuestros parientes,

y hablad de vos nada mas.

GUTIER. Mi clara estirpe guerreros

ilustres cuenta por miles.

RODRIG. Pueden nacer hijos viles

de padres muy caballeros.

GUTIER. Conde!

RODRIG. Poco contarán

con la bondad de sus obras

los que recogen las sobras

de los que en la tumba están.

Los que, para la memoria

honrar de claros varones,

roban ajenas acciones,

y en ellas fundan su gloria.

Los que sobre un enemigo

honrado las iras llaman

de un rey; mienten y le infaman,

le temen...

GUTIER. Don Rodrigo?

Esa ofensa...

RODRIG. Sin razón

os presentais enojado.

Por ventura habeis robado

alguna gloriosa accion?

Faltando á la santa ley

de cristiano caballero,

habeis calumniado artero?

- GUTIER.** (No puede hablar con el rey).  
Para honrar á esos mayores  
que profana vuestra lengua,  
sufro, del valor en mengua,  
á villanos impostores.
- RODRIG.** Vive Dios!... Pero hago mal  
en ofenderme. Es muy llano  
que soy impostor villano  
en donde vos sois leal.
- GUTIER.** Dudaís de mi lealtad?
- RODRIG.** No.
- La admiro con un profundo  
respeto. Nadie en el mundo  
la conoce como yo.  
Y, pues estamos aquí,  
antes que Fortun me encierre,  
esplicadme, don Gutierre,  
lo que el rey quiere de mí.
- GUTIER.** Quiere el monarca saber  
por qué se acerca á Toledo  
el musulman.
- RODRIG.** Yo no puedo  
al monarca responder.  
Pero, con todo, imagino  
que contárselo podría  
el mensajero ó espía  
que os entregó el pergamino.  
Y si el Rey temiese algun  
dolo de ese musulman,  
bien decirselo podrán  
don Gutierre...
- GUTIER.** Yo!
- RODRIG.** Y Fortun.
- GUTIER.** Sabeis?
- RODRIG.** Dadle mi respuesta  
á don Alonso. Cumplida  
es, don Gutierre, y que pida  
si no le basta con esta.  
Quedaís confuso y lo siento.  
Mucho he dicho... no os asombre,  
porque sé mas.
- GUTIER.** (Este hombre  
debe alejarse al momento).  
Fortun.
- RODRIG.** Acabamos?
- GUTIER.** Sí.
- RODRIG.** Me retiro... pero antes  
escuchad unos instantes.

**GUTIER.** Por qué no está el Rey aquí?  
**RODRIG.** Quiso escusarse...  
El rubor  
de ver preso ó infamado  
á quien tanto tiempo á honrado  
con su amistad y favor?  
A quién le paga tan mal  
su grande munificencia?  
Ha esquivado mi presencia...  
Bien hace: es muy natural.  
Pero en ocasion propicia  
sepa el Rey, si no le agravio,  
que no pedirá mi labio  
ni compasion ni justicia.  
Que, triunfante ó perseguido,  
ni me acobardo, ni cejo,  
que en la prision no me quejo,  
y que en el favor no pido.  
Que, con la esperanza en Dios,  
al bien y al mal me acomodo.  
Contadle á su Alteza todo,  
cuanto hemos dicho los dos.  
Acabé.

**GUTIER.** Fortun.

#### ESCENA IV.

DON GUTIERRE.—DON RODRIGO.—FORTUN.

**FORTUN.** Señor.  
**GUTIER.** (A don Rodrigo).  
Os doy quien sirva y asista.  
(Aparte á Fortun).  
Que no le pierdas de vista.  
**RODRIG.** Os agradezco el favor.

#### ESCENA V.

DON GUTIERRE.

Mucho sabes. Hice bien,  
conde, en á solas hablarte.  
Oh! si pudiera matarte  
tambien lo hiciera, tambien.

Es preciso recurrir  
pronto al último remedio.  
Me favorece el asedio,  
puede escaparse y morir.  
El moro á la vista está  
de la ciudad indeciso:  
dándole á tiempo un aviso  
entre sus manos caerá.  
Lo cumplo. No retrocedo.  
Ningun peligro me espanta.  
Mas bien puedo de la Infanta  
sacar partido: bien puedo.  
Sí. Tal vez su corazón  
atemorizado ceje,  
y porque libre lo deje...  
Aquí está... resolución.

## ESCENA VI.

DON GUTIERRE.—DOÑA SANCHA.

- SANCHA. Conde don Gutierre, tengo  
que decirte.
- GUTIER. Merced vuestra  
será, señora, el honor  
que á un caballero dispensa,  
y las órdenes aguarda  
quien complaceros desea.
- SANCHA. Ayer, dentro de palacio,  
en público, á mi presencia,  
pedisteis á don Rodrigo  
la espada.
- GUTIER. Para ponerla  
en manos del Rey: el conde  
rehusó, con audaz soberbia  
dámela, y llegó en persona  
á recibirla su alteza.  
Despues supimos que el moro,  
con desplegadas banderas,  
á la vista de Toledo  
estaba; y á la defensa  
de la ciudad acudimos  
con decision y presteza.
- SANCHA. Dejando en prision al conde,  
sin permitirle que fuera  
á lidiar.

GUTIER.

El rey, señora,  
lo mandó así en su prudencia

SANCHA.

Lo sé, don Gutierre. Luego  
que volvió el rey, á las puertas  
de su cámara pedí  
inútilmente una audiencia:  
y, mis súplicas temiendo  
ó adivinando mis quejas,  
se olvida de su cariño  
y á mi instancias se niega.  
No puedo hablar á mi padre  
porque esquivo mi presencia;  
y he resuelto dirigirme  
á quien en su nombre reina.  
Qué hizo el conde don Rodrigo,  
cuyas ínelitas proezas  
escribieron con su sangre  
las falanges agarenas,  
para que en prisiones sufra  
tal sinrazon, tal afrenta?

GUTIER.

Señora, así...

SANCHA.

Don Gutierre,  
que mi ansiedad no os sorprenda,  
ni el interés que me tomo  
por don Rodrigo. Mi diestra  
le otorgó el rey á la faz  
de los cielos y la tierra:  
y quien llevará su nombre  
con orgullo, con fiereza,  
mirándolo perseguido,  
es justo que lo defienda.  
Qué ha hecho el conde?

GUTIER.

Don Alonso  
para sí solo reserva  
los crímenes del caudillo;  
y, en uso de su suprema  
autoridad, dictar debe  
por sí mismo la sentencia.

SANCHA.

Tú nada sabes?

GUTIER.

Algunos  
mal intencionados cuentan,  
que el conde mantuvo tratos  
con los moros: que su vuelta  
unida está á las traiciones  
mas odiosas y mas negras.

SANCHA.

Nada mas dicen?

GUTIER.

Tambien  
aseguran que la guerra

rompe el moro por su causa,  
y que con su apoyo cuenta.  
Y aun añaden que en La Sagra,  
jornada en sumo funesta,  
se pasó al moro.

SANCHA. Pues mienten todos.

GUTIER. Señora.

SANCHA. Y no crean que poco ultraje les hago,  
porque una dama los reta,  
pues sostendrá don Rodrigo  
cuanto pronuncie mi lengua.

GUTIER. Formidable campeón  
el alivo conde fuera;  
pero jamás presentarse  
podrá en cerrada palestra  
quien, como traidor, hoy mismo  
puede perder la cabeza.

SANCHA. Don Gutierre!

GUTIER. Los guerreros,  
que con asombro contemplan  
á los árabes cercanos  
á escalar nuestras almenas,  
en su indignacion profunda  
dicen unos y otros piensan  
que el cadáver del traidor  
debe arrojarse á sus tiendas.

SANCHA. Y el Rey?

GUTIER. Señora, al buen conde  
un solo remedio queda  
de salvarse.

SANCHA. Cuál?

GUTIER. La fuga.

SANCHA. Guardado en prision estrecha  
está.

GUTIER. La prision se rompe  
con arrojo y con cautela.

SANCHA. Hablad.

GUTIER. El medio diria  
si á proponer me atreviera...

SANCHA. Conde, atreveos á todo.

GUTIER. Pero...

SANCHA. Habladme con franqueza.

GUTIER. Pues su vida está en mi mano...

SANCHA. He dicho mal, en la vuestra.

GUTIER. Adoro á la infanta.

SANCHA. Conde!

- GUTIER. Si que lo salve me ordena,  
lo salvaré: pero esposa  
hoy he de llamarla.
- SANCHA. Cesa.
- GUTIER. Por vuestra mano su vida...  
Espero vuestra respuesta.
- SANCHA. Jamás! vuestra esposa? Nunca!
- GUTIER. Será preciso que muera:  
Pero no olvide la infanta  
que ella misma lo condena.
- SANCHA. Salvar su cuello matando  
su corazón? Jamás!
- GUTIER. Queda  
abandonado el proyecto.
- SANCHA. (Vá á morir... Pero qué idea.  
Los deudos de don Rodrigo  
permanecen á las puertas  
de la ciudad, y arrogantes  
su bélico ardor ostentan).  
La infanta dará su mano  
á don Gutierre. Resuelta  
está; pero necesita  
que un plazo se le conceda.
- GUTIER. Qué plazo?
- SANCHA. Tres horas.
- GUTIER. Y  
no faltará á su promesa?
- SANCHA. La infanta cumple fielmente  
toda palabra que empeña.  
Mas con una condición.
- GUTIER. Señora, anhelo saberla.
- SANCHA. Ahora mismo don Rodrigo  
saldrá de Toledo.
- GUTIER. Sea.
- SANCHA. Y si, antes que las tres horas  
pasen, vuelve y se presenta  
al rey, y el rey lo recibe  
sin enojo ni sospecha  
la infanta podrá entregarle,  
sin ser perjura su diestra.
- GUTIER. Es dura la condición.
- SANCHA. Don Gutierre la desecha?
- GUTIER. Señora...
- SANCHA. Espera lo infanta  
su resolución.
- GUTIER. Acepta.  
(Ya cuidará don Gutierre  
de que el buen conde no vuelva).

- SANCHA. (La muerte será mi amparo si el conde á tiempo no llega).  
Quién sacará á don Rodrigo de Toledo?
- GUTIER. Quien merezca vuestra entera confianza.
- SANCHA. Hernando.
- GUTIER. Pero su vuelta será pronta?
- SANCHA. Desde el foso.
- GUTIER. Aquí, de mi puño y letra, voy á escribir á Fortun que le haga del conde entrega. (Escribe).
- SANCHA. (Favorece Dios benigno, con tus auxilios mi empresa).
- GUTIER. Tomad, señora, y en breve estará aquí Hernando. Os ruega don Gutierre, que le deis autoridad y licencia para llevar al monarca la consoladora nueva de cómo la infanta hermosa al mas fiel vasallo premia.
- SANCHA. Marchad.
- GUTIER. (A Fortun diré que un solo instante no pierda).

### ESCENA VII.

DOÑA SANCHÁ.—Un momento despues HERNANDO.

- SANCHA. Don Gutierre. Espero en vano.  
Y si no puede venir vencedor, qué haré?... morir antes de darle mi mano, No viene Hernando... Ya tarda.
- HERNAN. Señora.
- SANCHA. Buen paje, corre, sin detenerte á la torre, do está don Rodrigo... Aguarda. (Hace ademán de irse Hernando).
- HERNAN. Peligra su vida?
- SANCHA. No:  
todo lo contrario: debe

encontrarse muy en breve libre.

HERNAN.  
SANCHÁ.

Quién lo salva?  
Yo.

Entrega este pergamino  
(Dandoselo).  
á Fortun. El, sin demora  
te conducirá...

HERNAN.  
SANCHÁ.

Señora...  
Hasta el conde; y el camino  
francó encontrarás despues  
para llegar sin trabajo  
á las márgenes del Tajo.  
Encubierto con su arnés  
debe salir don Rodrigo.

HERNAN.  
SANCHÁ.

Pero Fortun...

Cumplirá

esas órdenes. Está  
de acuerdo en todo conmigo.

HERNAN.

Y si el conde no quisiera  
dejar su prision?

SANCHÁ.

Hernando,

dile que yo se lo mando.  
Lo haré, gran señora.

HERNAN.  
SANCHÁ.

Espera.

Di al conde, que al pié del muro,  
en tren de batalla están  
sus deudos, que le darán  
socorro pronto y seguro.  
Dile que, enristre la lanza,  
con tan bravos campeones  
y en los moros escuadrones  
haga sangrienta matanza.

Dile que para vencer  
tres horas tiene no mas:  
que, sino vence, jamás  
á la infanta podrá ver.

Que de su bravura espero  
mucho en trance tan horrible:  
que debe hacer lo imposible  
porque yo, Hernando, lo quiero.

Hábale de mis afanes,  
de mi ansiedad y mi luto...  
Que no pierda ni un minuto.  
Que venza á los musulmanes.

Pues otro medio no hallo  
para salvar al guerrero  
su gloria con un acero.

HERNAN. su vida con un caballo.  
Vencer ó morir, por mí  
y por él, señora, juro.  
SANCHA. Tú no: en cuanto salve el muro  
vuelve á decírmelo aquí.  
HERNAN. Señora...  
SANCHA. Yo te lo ruego.  
HERNAN. Y hé de dejarlo?  
SANCHA. Vacilas?  
Mira que arde en mis pupilas  
una lágrima de fuego.  
HERNAN. Volveré: sí.  
SANCHA. El mis ojos  
comprenderá, mi quebranto,  
cuando le digas que el llanto  
pretende inundar mis ojos.

### ESCENA VIII.

DOÑA SANCHA.

Adiós, Hernando. Se fué.  
Ay! acúdeme, Dios mío,  
Tú, que me das tanto brío:  
tú, que me das tanta fé.  
Tú, señor omnipotente,  
que, en tu omnipotencia, has dado  
á un cuerpo tan delicado  
un ánimo tan valiente.  
A la batalla con él  
tu irás: anima su diestra.  
Eres poderoso, muestra  
ora tu enojo al infiel.  
Débate en tanta afliccion  
otra vez fuerza y consuelo.  
Reanima mi ardiente celo:  
alienta mi corazon.

### ESCENA IX.

DOÑA SANCHA.—DON GUTIERRE.

GUTIER. Señora.  
SANCHA. Lejos el conde  
está?

GUTIER. Fortun prevenido queda. Si Hernando ha cumplido su deber, estará...  
SANCHA. En dónde?  
GUTIER. A las puertas de Toledo. Y á reclamar la promesa he venido.  
SANCHA. Con la expresa condicion que puse.  
GUTIER. Puedo, por ventura, retirar lo que una vez ofreci? cumplido el plazo, de aqui pasaremos al altar.  
SANCHA. Sabe mi padre?  
GUTIER. Contento escuchó la feliz nueva; pues mucho aplaude y aprueba tan fausto acontecimiento. Y pronto la corte toda, siguiendo el mandato real, aqui el cortejo nupcial formará de nuestra boda. Porque el monarca desea ver á Doña Sancha unida con quien le salvó la vida en la sangrienta pelea. Señora, le digo así, porque sus palabras fueron que alborozadas oyeron cuantos estaban allí. Yo, viendo tal eficacia, comprendí que á don Rodrigo no le queda un solo amigo.  
SANCHA. Quién los tiene en la desgracia? Para qué quieren la palma los altivos ricos-hombres de dar grandeza á sus nombres con la nobleza del alma? Todos los que os aplaudian, sepultando en el olvido á quien miran oprimido, poderoso le temian. Y los que muestras os dan de amistad, pérfida y vana, si os ven en tierra mañana cobardes os pisarán. Y no podreis decir, no,

lo que el conde don Rodrigo,  
pues queda al conde un amigo,  
Hernando; una amante, yo.

GUTIER.  
SANCHA.

Señora... Me corresponde  
dar de lealtad esta muestra.  
Los cielos os guarden conde.

GUTIER.

Me anima la confianza  
de que lo sereis.

SANCHA.

Yo puedo  
tener fé.

GUTIER.

Con ella quedo.

SANCHA.

Yo me voy con mi esperanza.

## ESCENA X.

DON GUTIERRE.

Me deja. Orgullosa va  
con una esperanza necia.

Hoy me insulta y me desprecia,  
mañana me temerá.

No debo irritarla aun.

De mi proyecto avisado,  
ya habrá el moro ejecutado.

cuanto previne á Fortun.

Y con diligencia tanta  
partir lo vi, á rienda suelta,

que bien puede estar de vuelta,  
pese á la orgullosa infanta.

Bien vas, Gutierre, adelante.

Todo tu ingenioso ardid

lo apresta para la lid,

No pierdas un solo instante

(Va á salir y lo detiéné el rey).

## ESCENA XI.

DON GUTIERRE.—EL REY.

REY.

Conde, de los muros vengo,  
y hemos visto con asombro,  
á los deudos y parciales  
de don Rodrigo los fosos

dejar de improviso; y marchan  
hacia el campamento moro.

GUTIER. (Ya la esperanza adivino  
de doña Sancha). Van todos?

REV. Si? ¿Qué opinas?

GUTIER. Gran señor, he  
quedo confuso y absorto.  
Y vuestra Alteza?

REV. Yo creo

que, descubiertos y rotos  
viendo los traidores planes  
de su gefe, presurosos  
corren á pedir auxilio  
á los árabes; y locos  
quizás pretendan volver  
sobre esta ciudad empório  
de mi poder, para hundir  
entre sus ruinas mi trono.  
Mas vivè Dios! que se olvidan  
del rey de Castilla Alonso.

Vive Dios! que, si provocan  
insensatos mis enojos,  
me verán sobre los muros  
altivo, indefenso, y solo  
con un verdugo; y en ellos  
cortarán, ante sus ojos,  
la cabeza á don Rodrigo  
y les arrojare el tronco.

GUTIER. Cálmate, señor: á tanto  
no los llevará su encono.

Saben que Toledo encierra  
defensores animosos,  
dispuestos á sepultarse  
bajo sangrientos escombros.  
Nunca, señor, los traidores  
se distinguen por su arrojo,  
y mas que el furor del tigre  
tienen la astucia del lobo.

Quizás, para adormecerte,  
pretenden hacer mañosos  
un alarde de batalla  
convenido entre unos y otros;  
para despues á las puertas  
presentarse victoriosos  
 trayendo, si es necesario,  
muchos y ricos despojos.  
Y cuando dentro del muro  
se encuentren, y al pié del sólio,

- tirando el torpe disfraz  
y cubriéndose de oprobio,  
en la sangre de los buenos  
verás sus aceros rojos.
- REY. Capaces son. Mas sus tramas,  
esos intentos diabólicos  
no conseguirán. Ninguno  
hasta el palacio en que moro  
se acercará; y ay! de aquel  
que vague del muro en torno.
- GUTIER. Tan prudente en el consejo  
como en el campo brioso  
eres.
- REY. Oh! ya verán, conde,  
qué bien sus planes trastorno.  
Muy en breve don Rodrigo  
aquí vendrá, y con asombro  
el cáliz de su ignominia  
apurará sorbo á sorbo.
- GUTIER. Déjalo, señor, que sufra  
en su estrecho calabozo,  
y no el peso de tus iras  
descargues sobre sus hombros.
- REY. Pides por él?
- GUTIER. Gran señor,  
es tu enemigo, y le odio.
- REY. Aquí lo traerá Fortun,  
que así lo ordené, y al rostro  
le arrojare sus traiciones.
- GUTIER. Has visto á Fortun?
- REY. Si.
- GUTIER. (Pronto  
dió la vuelta). Cumplirá  
tus órdenes, lo conozco.  
Nadie en valor le aventaja,  
y de su lealtad respondo.
- REY. Es digno de ti.

## ESCENA XII.

DON GUTIERRE.—EL REY.—FORTUNO

- FORTUN. Señor,  
á tus reales piés me postro,  
y con mi frente en la tierra  
tu perdon humilde imploro.

REY. Don Rodrigo?...  
FORTUN. En su prision  
no está.  
REY. Nó? No te perdono.  
Te has vendido, miserable!  
á la seduccion, al oro.  
Mas te juro, por mi nombre  
que no disfrutarás, mónstruo!  
ni un minuto del traider  
los ofrecidos tesoros.  
Morirás.

### ESCENA XIII.

DON GUTIERRE.—EL REY.—FORTUN.—DOÑA SANCHA.

SANCHA. Es inocente.  
En mi descarga tu ira.  
Yo lo he salvado.  
REY. Mentira!  
SANCHA. Vuestra sangre nunca miente.  
REY. Mi sangre no puede ser  
quien contra mi mandamiento...  
SANCHA. Os quita un remordimiento,  
y cumple con su deber.  
REY. Doña Sancha!  
SANCHA. Vuestro error  
mi casta aficion os muestra.  
Le amára la sangre vuestra  
si fuera el conde traidor?  
GUTIER. Señora, de vos reclamo  
ahora la jurada fé.  
SANCHA. Que vuestra esposa seré  
he dicho, mas no que os amo.

### ESCENA XIV.

DON GUTIERRE.—EL REY.—FORTUN.—DOÑA SANCHA.—  
HERNÁNDO.—Prelados, Ricos-hombres, Damas, Caballeros, Pajes, Guardias,

HERNAN. Gran señor...  
SANCHA. Hernando!  
HERNAN. Dia  
es este de honor y gloria.

Nuestra es, señor, la victoria,  
y huye la morisma impía.  
Yo, del combate testigo,  
sé que el castellano alcanza  
la victoria...

**SANCHA.** Mi esperanza.  
**GUTIER.** Aun no ha vuelto don Rodrigo.  
**HERNAN.** No hay quien de los vencedores

**REY.** la veloz carrera ataje.  
Quién ha permitido al paje  
hablar ante nos? Señores,  
haciéndole merced cuanta  
puede hacer un soberano,  
á don Gutierre la mano  
doy de mi querida infanta.  
Le doy cuanto darle puedo.  
Tomad ante mí, ante Dios,  
el juramento á los dos,  
arzobispo de Toledo.

(El arzobispo se dirige hacia doña Sancha).  
**GUTIER.** Fueron livianas quimeras  
las esperanzas.

**SANCHA.** No es hora.  
**GUTIER.** Pero...

### ESCENA XV.

**DICHOS.**—**DON RODRIGO** sin espada, con lanza y con un haz de banderas musulmanas, que arroja á los piés de la infanta. Despues se retira con la frente alta, y queda solo en medio de la escena.

**RODRIG.** Recibe, señora,  
las musulmanas banderas.  
Pocas son, perc ganadas  
en campo abierto. Despues  
darán alfombra á tus piés  
mil turbantes, mil espadas,  
que al árabe no arrancaron  
vasallos de reales feudos.  
Mis deudos solo, mis deudos  
para vos se las quitaron.  
Por vos, sedientos de gloria,  
dejaron esta muralla.  
Fué su grito de batalla  
«doña Sancha y la victoria.»

**SANCHA.** Les agradezco su afán.

y su victorioso grito.  
Estas banderas admito  
y la gloria que me dan.  
Conde, dobla la rodilla.  
Bien has batallado hoy.

REY. Mi roja banda te doy  
yo, la infanta de Castilla  
Yo, de Castilla y Leon  
Rey, príncipe soberano,  
te llamo, conde, villano,  
y te acuso de traicion.

RODRIG. Rey don Alonso!

REY. Cobarde!

RODRIG. Ira de Dios!

REY. Si, su ira

caerá sobre tí. Es mentira

ese helicoso alarde.

Con el moro convenido,

para engañarme mejor,

ante los muros, traidor,

ese combate has fingido.

Mas te equivocas: muy bien

conozco todas las tramas,

conque te pierdes é infamas,

y su castigo tambien.

Arrodillado verás

con cuanta sumision, cuanta,

su mano entrega la infanta

á don Gutierre.

RODRIG. Jamás!

REY. Al punto, yo te lo lio,

ha de quedar mi hija unida

á quien me salvó la vida.

RODRIG. Dame paciencia, Dios mio.

REY. A quien valeroso y fiel,

en la sangrienta jornada

su cuerpo puso y su espada

entre el moro y yo.

RODRIG. Fué éi?

REY. Sí. Modelo de hidalguia

fué: el monarca lo asegura:

y bien probó su bravura

mientras don Rodrigo huia.

RODRIG. Yo? nunca! Huyó diligente

el rey, porque su caballo

le dió un valiente vasallo;

quedándose allí el valiente.

Que para ser conocido

si dudaban de su ley,  
un ancho giron al rey  
arrancó de su vestido.

Y hoy, para eterno baldon  
de quien á Rodrigo llama  
traidor, vuelve por su fama  
este sangriento giron.

(Arrojando el giron á los pies del Rey).

SANCHA.

Ah!

GUTIER.

Confúndame el abismo.

REY.

Equivocacion funesta!

Es el de mi sobrevesta!

Tú eres el guerrero!

RODRIG.

El mismo.

REY.

A quien mi vida defiende

y, su libertad perdiendo,

me deja libre, yo ofendo.

Perdóname.

RODRIG.

El rey no ofende.

REY.

Por qué en silencio cruel,

hazaña de tal valor

guardaste?

RODRIG.

Cuenta el favor

quien pide premio por él.

Lo que ganó cuando luchó

no lo cuento á mi coraza...

Es tradicion de mi raza

hablar poco y hacer mucho!

Gran violencia me ha costado

publicar este secreto,

yo debí ser mas discreto

si; y estoy avergonzado.

(A don Gutierre).

Vos tenéis la culpa: vos.

Os cedi bienes y fama,

pero cederos mi dama

era mucho, vive Dios!

REY.

Conde, humillado en mi trono

me ves. Ya quedas vengado.

pero el castigo al malvado...

RODRIG.

Lo impondré yo... Lo perdono,

REY.

Don Rodrigo...

RODRIG.

No ha de ser

otro. Este en suerte le cabe;

que siempre perdonar sabe

quien ha sabido vencer.

(Aparte á don Gutierre).

(Don Gutierre, aquí muy mal

estais. Con vuestros tesoros  
idos á tierra de moros,  
pues no sabeis ser leal).

### ESCENA XVI.

DICHOS, menos DON GUTIERRE Y FORTUNA.

REY. Despues de ingratitude tanta,  
y de tan injusta ofensa,  
qué exigis por recompensa?

RODRIG. Nada, señor.

REY. Y la infanta?

RODRIG. La infanta es mi esposa. Ya  
me concedistis su mano;  
y no falta un soberano  
á la palabra que dá.

REY. Y ciudades?

RODRIG. Para qué.  
Con anchos fosos y almenas  
las tiene el moro muy buenas;

REY. Quiéres oro, honores? Di,  
lo que mas codicies.

RODRIG. Nada.  
Si, don Alonso; la espada  
que me quitaron aquí.

REY. La tendrás

RODRIG. Pido mi acero,  
porque en traje tan marcial  
vive Dios! que estará mal  
sin espada un caballero.

(Traen la espada que la ciñe doña Sancha).

REY. Si te quitó el soberano  
(Desciéndose la espada el Rey).

RODRIG. una espada contra ley,  
hoy arrepentido el rey,  
su espada pone en tu mano.

RODRIG. (Rehusando).  
Señor...

REY. En contra no escucho,  
ni súplicas, ni razones.

RODRIG. Así sirvo á los varones  
que hablan poco y hacen mucho.  
(Toma doña Sancha la espada del rey).

SANCHA. En tu diestra mas temida

será la cortante espada,  
por un gran rey presentada,  
por una dama cenida!

(Cifando la espada á Don Rodrigo.)

RODRIG. Gran rey, señora; consiento  
este honor, no lo rechazo;  
pero mi espada y mi brazo  
dirán mi agradecimiento.  
Y el noble ardor que me inflama  
probar espero á los dos,  
combatiendo por mi Dios,  
por mi rey y por mi dama.

REY. Bien.

RODRIG. Ya que un giron ha sido  
prenda de honor y de gloria,  
para perpétua memoria,  
GIRON será mi apéllido.

REY. A ese apéllido decoro,  
dará un caballo enfrenado  
con tres girones de oro.

RODRIG. No pretendo mas blason.  
Publicará mis acciones  
en mi escudo tres girones,  
en mi apéllido un GIRON.

FIN DEL DRAMA.



Los cuentos de la Reina de Navarra.	El Rey de los primos.	La astucia rompe cerrojos.
El hermano mayor.	El bandido incógnito ó La Caverna invisible.	Un viaje alrededor de mi mujer.
Los dos Guzmanes.	Quien bien te quiere te hará llorar.	Un viaje alrededor de mi marido.
Jugar por tabla.	Marica-enreda.	El marido universal.
Juegos prohibidos.	Flaquezas y desengaños	Un sentenciado á muerte.
Un clavo saca otro clavo.	La amistad ó las tres épocas.	No se hizo la miel...
El marido duende.	El Diablo las carga.	Los preciosos ridiculos.
El remedio del fastidio.		Lo que al negro del sermon.
El lunar de la marquesa.		La union carlo-polaca.
La pension de Venturita.		Pepiya la aguardentera.
Quién es ella?		¡¡Ingleses!!
Memorias de Juan García.	EN DOS ACTOS	Un fusil del dos de Mayo.
Un enemigo oculto.	Desdichas de Timoteo.	Cuerdos y locos.
Trampas inocentes.	La luna de miel.	Pst... Pst.
La ceniza en la frente.	Un ente como hay muchos.	Entre Scila y Caribdis.
Un matrimonio á la moda.	Cornelio Nepote.	Al que no quiere caldo.
La voluntad del difunto.	Los pretendientes del dia.	La piel del diablo.
Caprichos de la fortuna.	Los dos amores.	Si buena insula me dan.
Embajador y hechicero.	Deudas del alma.	El perro rabioso.
Mauricio el republicano.	Pipo, ó El Principe de Montecresta.	De qué?
A quien Dios no le da hijos.!	Las diez de la noche.	La herencia de mi tia.
La nueva Pata de Cabra.	El congreso de gitanos.	La capa de Josef.
A un tiempo amor y fortuna	El preceptor y su mujer.	Ali-Ben-Salé-Abul-Tarif.
El oficialito.	La ley sálica.	Los apuros de un guindilla.
Ataque y defensa.	Un casamiento por hambre.	El sacristan del Escorial.
Ginesillo el aturdido.	Antes que todo el honor.	El sol de la libertad, loa.
Achaques del siglo actual.	¡Un divorcio!	Amarse y aborrecerse.
Un hidalgo aragonés	La hija del misterio.	Trece á la mesa.
Un verdadero hombre de bien.	Las Cucas.	Dos casamientos ocultos.
La esclava de su galan.	Gérónimo el albañil.	Cinco pies y tres pulgadas.
Pecado y expiacion.	María y Felipe.	A la corte á pretender.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!		Treinta dias despues, 2. <sup>a</sup> parte de <i>El corazon de un bandido.</i>
No se venga quien bien ama.	EN UN ACTO.	Con el santo y la limosna.
La estudiantina ó El diablo de Salamanca.	La señora de Mendoza?	De potencia á potencia.
La escala de la fortuna.	De fuera vendrá...	Las abispas.
Amor con amor se paga.	Juan el tornero.	El aguador y el misántropo.
Capas y sombreros.	La doctora en travesuras.	Acerlar por carambola.
Ardides dobles de amor.	Un milagro del misterio.	El rey por fuerza.
El buen Santiago.	La mula de mi doctor.	Las obras de Quevedo.
¡Ya es tarde!	A los pies de V. señora.	Un protector del bello sexo.
Un cuarto con dos alcobas.	Remedio para una quiebra.	No siempre lo bueno es bueno.
¡Lo que es el mundo!	El sistema de Felipa.	Huyendo del peregril...
Todo se queda en casa.	El sistema de Felipe.	
Desde Toledo á Madrid.	La mujer de dos maridos.	
	Ladron y Verdugo.	

El chal verde.	El tio Zaratan.	¡No hay felicidad completa!
El don del cielo.	Los tres ramilletes.	El Vizconde Bartolo.
La esperanza de la patria, loa.	El corazon de un bandido.	Otro perro del hortelano.
Alza y baja.	Cenar á tambor batiente.	No hay chanzas con el amor.
Cero y van dos.	Las jerobas.	¡Un bofetón!...y soy dichosa!
Por poderes.	Los dos amigos y el dote.	El premio de la virtud.
Una apuesta.	Los dos compadres.	Sombra, fantasma y mujer.
¿Cuál de los tres es el tio?	No mas secreto.	La casa deshabitada.
La eleccion de un diputado.	Manolito Gázquez.	Cuerpo y sombra ó Dos y uno.
La banda de capitan.	Percances de un apellido.	Un ángel tutelar.
Por un lorol	Clases pasivas.	El turron de Noche buena.
Simon Terranova.	Infantes improvisados.	Un contrabando.
Las dos carteras.	Por amor y por dinero ó	El Retratista.
Malas tentaciones.	Una aventura de Luis	Un año en quince minutos.
Dos en uno.	Candelas.	¡Un cabello!
No hay que tentar al diablo.	¡Estrupicios del amor!	Como usted quiera.
Una ensalada de pollos.	Mi media naranja.	
Una Actriz.	Un ente singular.	
Dos á dos.	Juan el Perdío.	
	De casta le viene al galgo.	

### ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!	Tramoya!	Los dos Venturas.
Diego Corientes.	Gloria y peluca.	De este mundo al otro.
El Padre Cobos.	Palo de ciego.	El sacristan de S. Lorenzo.
Una aventura en Marruecos.	Tribulaciones.	El alma en pena.
Haydè ó El secreto.	El campamento.	La flor del valle.
El Tren de escala.	Por seguir á una mujer.	La hechicera.
Aventura de un cantante.	Buenas noches, señor don	El novio pasado por agua.
La estrella de Madrid.	Simon.	La venganza de Alifonso.
Don Simplicio Bobadilla.	Misterios de bastidores.	El suicidio de Rosa.
El Duende.	El marido de la mujer de	La pradera del Canal.
El Duende, segunda parte.	don Blas.	La Noche-buena.
Las señas del Archiduque.	Salvador y Salvadora.	Una tarde de toros.
Colegialas y soldados.	¡Diez mil duros!	Partitura del Duende, para piano y canto.

### ADVERTENCIAS.

La Direccion se halla establecida en Salamanca, desde donde se servirán los pedidos que se hagan.

Pidiendo ejemplares á la Direccion se hace una rebaja proporcional á la importancia del pedido.